

¿Cómo hablar de Dios, hoy?¹

I.- Para hablar de Dios, primero hay que escucharlo.

La pregunta central que nos hacemos hoy es la siguiente: ¿Cómo hablar de Dios en nuestro tiempo?

Jesús mismo, nos dicen los evangelistas, al anunciar el Reino de Dios se preguntó acerca de esto: (Cf. Mc. 4,30)

Podemos hablar de Dios, porque Él habló con nosotros.

La primera condición para hablar de Dios es, escuchar lo que Dios nos dijo:

¡Dios nos ha hablado!

Dios no es una hipótesis lejana sobre el origen del mundo.
No es una inteligencia matemática lejos de nosotros.

Dios se ha autocomunicado hasta encarnarse.



Dios es una realidad de nuestras vidas, es tan grande y aun así tiene tiempo para nosotros, nos ama, nos cuida.

¹Texto basado en la Catequesis del Papa, Benedicto XVI, por el Año de la Fe

En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado del Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el “arte de vivir”, el camino a la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios (Cf. Ef. 1,5 – Rom. 8,14)

II.-Algunas actitudes para transmitir la fe.

a) Familiarizarse con Jesús y su Evangelio.

Hablar de Dios significa, ante todo, que debemos llevar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo un Dios concreto, un Dios que existe, que ha entrado en la historia. Por lo tanto, **hablar de Dios requiere una familiaridad con Jesús y con su Evangelio.**



¡Pero cuidado!

No cedamos a la tentación del éxito.
Entreguémoslo con el método que Dios nos enseñó la humildad y sencillez

b) Humildad y Sencillez.

Es el método de la Encarnación en la simple casa de Nazaret y en la gruta de Belén. No debemos temer a la humildad de los pequeños pasos y confiar en la levadura que penetra en la masa y poco a poco la hace crecer (Cf. Mt. 13,33)

Al hablar de Dios necesitamos una recuperación de la simplicidad, un retorno a lo esencial del anuncio:

La Buena Nueva de un Dios que es real y concreto, un Dios-Amor que se acerca a nosotros en Jesucristo hasta la cruz, y que en la resurrección nos da la esperanza y nos abre a una vida que no tiene fin, la vida eterna, la vida verdadera.

El apóstol Pablo, nos da una lección y nos pide “hablar de Dios con gran sencillez. En la primera carta a los Corintios escribe: “Cuando fui a ustedes, no fui en el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciarles el misterio de Dios, pues no quise saber entre ustedes sino a Jesucristo, y éste crucificado (2, 1-2). Pablo no habla de una filosofía, no habla de ideas que ha encontrado o inventado.

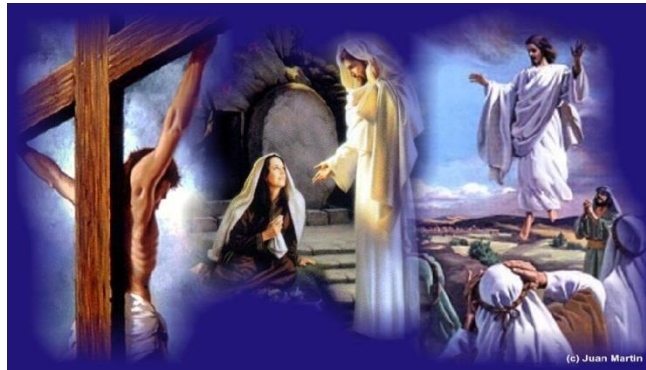
c) Desde una experiencia real con Dios.

Pablo habla de una realidad de su vida, habla de Dios, que entró en su vida: Habla de un Dios real que vive, que ha hablado con él y hablará con nosotros.



Comunicar la fe para San Pablo, no quiere decir presentarse a sí mismo, sino decir abierta y públicamente lo que ha visto y oído en el encuentro con Cristo, lo que ha experimentado en su vida ya transformada por aquel encuentro: es llevar a Jesús que siente dentro de sí y que se ha convertido en el verdadero sentido de su vida, para que quede claro a todos que Él es lo que se requiere para el mundo y que es decisivo para la libertad del hombre.

Pablo habla de Cristo crucificado y resucitado.



Además

PABLO NO ES EGOÍSTA

No quiere pasar a la historia como el director de una escuela de gran conocimiento, no quiere crear un equipo de aficionados, sino que Pablo anuncia a Cristo y quiere ganar a las personas para el Dios verdadero y real. Pablo habla solo con el deseo de predicar lo que hay en su vida y que es la verdadera vida, que lo conquistó para sí en el camino a Damasco.

Hablar de Dios quiere decir dar espacio a Aquél que nos lo hace conocer, que nos revela su rostro de amor; significa privarse del propio yo ofreciéndolo a Cristo, sabiendo que no somos capaces de ganar a otros para Dios, sino que debemos esperarlo del mismo Dios, pedirselo a Él.

El Apóstol no se contenta con proclamar unas palabras, sino que implica la totalidad de su vida en la obra de la fe.



d) Que Dios actúe en nuestra debilidad.

Para hablar de Dios, tenemos que hacerle espacio, en la esperanza de que es Él quien actúa en nuestra debilidad: dejarle espacio sin miedo, con sencillez y alegría, en la profunda convicción de que cuanto más le pongamos al medio a Él, y no a nosotros, tanto más fructífera será nuestra comunicación.

Esto también es válido para las comunidades cristianas: ellas están llamadas a mostrar la acción transformadora de la gracia de Dios, superando individualismos, egoísmos, indiferencia, sino viviendo en las relaciones cotidianas el amor de Dios.

Convirtámonos en anunciadores de Cristo y no de nosotros mismos

III.- Cómo comunica Jesús.

A este punto debemos preguntarnos cómo comunicaba Jesús mismo.

a) Desde la compasión.

Jesús en su unicidad habla de su padre – Abbá - , del Reino de Dios, con la mirada llena de compasión por los sufrimientos y las dificultades de la existencia humana. Jesús deja claro que el mundo y nuestra vida valen ante Dios. Jesús muestra que en el mundo y en la creación aparece el rostro de Dios.

b) Desde el conocimiento de las realidades humanas.

En los Evangelios vemos cómo Jesús se interesa de toda situación humana que encuentra, se sumerge en la realidad de los hombres y de las mujeres de su tiempo, con una confianza plena en la ayuda del Padre. Y que de verdad en esta historia, escondido, Dios está presente; y si estamos atentos podemos encontrarlo.

Los discípulos y las multitudes que lo encuentran, ven su reacción ante los problemas, ven como habla, cómo se comporta; Ven en Él la acción del Espíritu Santo, la acción de Dios.

c) Desde una relación íntima con el Padre Dios.

Los discípulos, que viven con Jesús, las multitudes que lo encuentran, ven en Él la acción del Espíritu Santo, la acción de Dios. En Él anuncio y vida están entrelazados: Jesús actúa y enseña, partiendo siempre de una relación íntima con Dios Padre.

d) Desde la coherencia palabra – vida.

Este estilo, se convierte en una indicación fundamental para nosotros los cristianos: Nuestro modo en que vivimos la fe y la caridad, se convierten en un hablar de Dios en el presente, porque muestra con una vida vivida en Cristo, la credibilidad, el realismo de lo que decimos con palabras, que no son solo palabras, sino que muestran la verdadera realidad.

El Año de la Fe es una oportunidad para descubrir, con la imaginación animada por el Espíritu Santo, nuevos caminos a nivel personal y comunitario, a fin de que en todas partes la fuerza del evangelio sea sabiduría de vida y orientación de la existencia.

En nuestro tiempo, un lugar privilegiado para hablar de Dios es:

IV La familia: Primera escuela para la Fe.

La familia es el lugar para escuchar y dialogar.

La familia debe ser un ámbito donde se aprende a estar juntos, para conciliar los conflictos en el diálogo mutuo, que está hecho de escuchar y hablar, entenderse y amarse, para ser un signo, el uno para el otro, de la misericordia de Dios.

La familia es la primera escuela para comunicar la fe a las nuevas generaciones. El Concilio Vaticano II habla de los padres como los primeros mensajeros de Dios (Cf. Decr. Apostolicam actuositatem, 11)

Están llamados a redescubrir su misión, asumiendo la responsabilidad de educar, Y abrir las conciencias de los pequeños al amor de Dios.

Aprovechar las oportunidades para introducir en familia el discurso de la fe y hacer madurar una reflexión crítica respecto a las muchas influencias a las que están sometidos los niños.



La comunicación de la fe siempre debe tener un tono de

ALEGRÍA

Es la alegría pascual, que no oculta la realidad del dolor, de la fatiga, de la incompreensión y de la muerte, pero ofrece criterios para la interpretación de todo, desde la perspectiva de la esperanza cristiana.

La vida nueva del Evangelio es esta nueva mirada, esta capacidad de ver con los mismos ojos de Dios cada situación. Debemos ayudar a los miembros de la familia a comprender que la fe no es una carga, sino una fuente de alegría profunda.

*La fe nos permite percibir la acción de Dios.
Reconocer la presencia del bien, que no hace ruido.
Proporciona una orientación para vivir bien la existencia.*

Hablar de Dios, por tanto, significa entender con la palabra y con la vida que Dios no es un competidor de nuestra existencia, sino que es el verdadero garante de la grandeza de la persona humana.

Hablar de Dios es comunicar, con fuerza y sencillez, con la palabra y con la vida, lo que es esencial: El Dios de Jesucristo, aquel Dios que nos ha mostrado un amor tan grande hasta encarnarse, morir y resucitar para nosotros; ese Dios que nos invita a seguirlo y dejarse transformar por su inmenso amor, para renovar nuestra vida y nuestras relaciones; aquel Dios que nos ha dado la Iglesia, para caminar juntos y, a través de la Palabra y de los sacramentos, renovar la entera Ciudad de los hombres, con el fin de que pueda convertirse en Ciudad de Dios

Ahora les invitamos a trabajar en equipo. Para facilitar el trabajo le sugerimos contestar las siguientes preguntas.

Preguntas

- 1.- ¿A qué se refiere el texto cuando habla de “el arte de vivir”
- 2.- ¿Cuál es la primera condición necesaria para hablar de Dios?
- 3.- ¿Qué actitudes son necesarias para transmitir la fe? ¿Considera usted que posee esas actitudes?
- 4.- ¿Qué método sugiere Pablo para hablar de Dios?
- 5.- ¿Usted transmite su fe como consecuencia de un encuentro personal con Cristo o cómo consecuencia de su formación cristiana?
- 6.- ¿Tiene el valor para dar testimonio de su fe, en cualquier situación o en algunas ocasiones, prefiere callar por temor al qué dirán?
- 7.- ¿Qué lugar es el privilegiado para transmitir la fe?
- 8.- ¿En su grupo familiar se vive la fe, como usted deseaba? Si no es así ¿Cuál fue en su opinión, la falla para transmitir la fe?

Estas preguntas, además de facilitar la comprensión del texto, les pueden servir, posteriormente, para hacer una reflexión personal.